

## ANTE UNA TABLA VICENTINA DE COLANTONIO

*«Lucir solamente, es vano; saber solamente, poco; arder y lucir, perfecto.»*

*San Bernardo*

Sermón en la Natividad de San Juan Bautista, n. 3.

La tabla de Colantonio con «San Vicente Ferrer en su celda» (1) compendia muy significativamente un tema permanente en el arte religioso, reactualizado por la celebración del Año Mariano y el V Centenario de la Canonización de San Vicente Ferrer. En este fragmento del retablo perteneciente a la iglesia napolitana de San Pedro Mártir, vemos a Fray Vicente arrodillado y en actitud de devotísima oración ante la Virgen con el divino Niño. Con él nos llega un soplo cálido de la ferviente predilección valenciana por la Madre de Dios, ya vivo en los jalones plantados por don Jaime I en los días azarosos de la reconquista.

El tema, uno de los más bellos, tiernos y humanos, nos ha legado hermosas muestras, cuyo itinerario pudiera trazar a través de la historia eclesiástica remansos de hermosura, donde alcanzara el clima medieval sus momentos de mayor dulcedumbre. En la constelación de santidades que cuenta las deslumbradoras magnitudes de San Bernardo de Claraval, Santo Domingo de Guzmán y San Vicente Ferrer, vemos reflejarse la luz de María con matices diversos, siempre ricos y sugerentes. Los ideales aparentemente contradictorios de apartamiento del mundo, evangelización y desasimiento; las recoletas aspiraciones monásticas y el dinamismo de los cruzados, encuentran en la Virgen (que, no lo olvidemos, era Virgen y Madre), por distintos caminos, el cobijo maternal, la poesía de lo milagroso y el sentimiento que a todos puede traspasar con su tibieza. Fórmase como una gran oleada en todo el Occidente, impulsada por esta devoción,

---

(1) Véase «Catálogo de la Exposición de Primitivos Mediterráneos». Barcelona, 1952.—Felipe Mateu y Llopis: «El escritorio de San Vicente Ferrer». *Bona Gent*, Valencia, diciembre, 1954, núm. 2.—F. Niccoli: «L'arte napoletana del Rinascimento», Napoli, 1925, página 217.—A. Venturi: «Storia», VII, 4, págs. 128-141.—R. Van Marle: «The Development...», XV, págs. 349-362.

cuyo arraigo en tierras levantinas produce cuantiosos frutos, siendo con toda probabilidad trasplantados algunos de ellos hasta la órbita napolitana de Colantonio.

Prescindiendo de más remotos antecedentes, la historia del culto a la Virgen nos muestra ya elaborada la doctrina mariológica en el siglo XII. San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery, no hace sino recoger esa doctrina y exponerla con arreglo a fórmulas inéditas (2), lo mismo que su discípulo y familiar Eadmero, San Bernardo, San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, Conrado de Sajonia, el Abad Guerrico, Amadeo de Lausana, Arnoldo de Chartres, San Antonio de Florencia... Así, vemos brotar o afirmarse las festividades a Ella dedicadas, como la Visitación (afincada en Occidente durante los siglos XIII y XIV, tras los avatares de su celebración desde el siglo VII en Oriente y el IX en Occidente); la Presentación (heredada en Occidente el siglo XIV, procedente de la Iglesia Oriental, con tradición desde el siglo VII); el Desposorio (implantada en el siglo XIV, en gran parte gracias a los trabajos de Gerson); los Siete Dolores (instituida por el Sínodo Provincial de Colonia en 1423, logrando rápida y preferente difusión en España)... Agreguemos, desde el siglo XII, las fórmulas devotas, como las *Letanias* y la *Corona* o *Salterio*; en el XIII, el *Escapulario Mariano*; en el XIV, el *Angelus Domini*, mencionado por primera vez en 1263 durante el Capítulo General de Frailes Menores que presidiera San Buenaventura, llegando a todos los rincones del orbe cristiano en el siglo XV, tal como dijera San Antonino: «Mandó la Iglesia que cada día se tocaran tres veces las campanas de los templos: a la mañana, a mediodía y por la tarde. ¿Para qué sino para honrar y alabar a María con la salutación angélica?» (3). Estas devociones saltaron los muros monásticos para inflamar al pueblo, que peregrinó a los múltiples santuarios dedicados a María, entre los cuales debemos contar los que levantara don Jaime I por doquiera pasaron sus armas. Dicese que fueron diez mil los santuarios marianos existentes en Occidente durante el siglo XIII (4).

Agreguemos, en esta ruta esquemática de las devociones a la Virgen, la piadosa práctica del Rosario, transitoriamente en decadencia tras la muerte de Santo Domingo de Guzmán, pero briosamente restablecida por el Beato P. Alano de Rupe, ayudado por sus hermanos los frailes Predicadores. En 1470, María se apareció al Padre Jacobo Springero, a la sazón prior del convento dominicano en Colonia, ordenándole extendiera entre el pueblo la devoción del Rosario, que siempre fue misión celosamente cumplida por los predicadores (5).

Según nos cuenta Gerardo de Frachet, la introducción de una procesión cantando la *Salve* con su oración, después de Completas, fue motivo

(2) Wilmart: «S. Anselme et sa grande prière a Marie». *Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale*, t. II, 1930.

(3) Véase Gregorio Alastrucy: «Tratado de la Virgen Santísima». B. A. C., págs. 931-2-3.

(4) Rohault de Fleury: «La Ste. Vierge», vol. I, pág. 324.—Gumperberg: «Atlas Marianus».

(5) Alastrucy, ob. cit., pág. 950.

de premios sobrenaturales para la orden de Predicadores. Recordemos sus palabras: «Que esta procesión era muy agradable a Dios y su Madre lo declaran la concurrencia de los pueblos, la devoción del clero, las dulces lágrimas, los piadosos suspiros y las maravillosas visiones. Pues muchos contemplaron, y lo dijeron, que cuando los frailes se dirigían al altar de la Virgen, ella misma acudía desde lo alto del cielo con muchedumbre de ciudadanos celestiales, y cuando los frailes se inclinaban pronunciando aquella frase: "¡Oh, dulce Virgen María!" Ella, inclinándose igualmente, los bendecía, y cuando éstos se iban, la Virgen tornaba al Cielo» (6).

Siguiendo los caminos del claustro o la senda del cruzado, la vida religiosa se desborda de los cauces meramente formalistas para impregnar los sentidos y el ánimo con un bálsamo de santidad. Es el momento en que aparecen, junto con otras órdenes como la agustina, los monjes del Cister, En la celda silenciosa y oscura, tensamente, se buscaba la proximidad a Jesús, la identificación con sus padecimientos y el consuelo inacabable de la Virgen. En esta dirección destaca San Bernardo con luz poderosa; por eso pudo decir de él Su Santidad Pío XII: «A este amor a Jesucristo se unía una tiernísima y suavísima piedad hacia su excelsa Madre, a quien, como madre amantísima, amaba a su vez y veneraba apasionadamente» (7). Más que el espíritu del cruzado, le impulsaba un ansia de perfección cuyo más puro y dulce modelo era la Madre de Dios, símbolo de alto amor, mediadora y puerta del Cielo. Cobija todas las gracias, pues es llena de gracia. Es la estrella de la mañana, impoluta y deslumbrante. Y, además, es madre. Sobre todo, y por encima de todo, Madre. Así se expresaba San Bernardo: «¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella de austero, nada terrible; todo es suave ofreciendo a todos leche y lana» (8). Su maternidad entrega amorosamente calor y alimento; por eso es también llamada «Fuente del paraíso de la Iglesia» (9), y «Fuente que riega el huerto de esta Iglesia», fontana a la que toca «regar la superficie de la tierra. La Tierra es la Iglesia; en la superficie de la Tierra aparece la hermosura de la tierra y esta superficie significa los varones justos, todos los cuales bebieron y beben incesantemente en la abundancia de María» (10). Es constante e inevitable la relación entre la idea de maternidad y los cuidados y dones inherentes a ella, el nutrir de las entrañas y los pechos a los hijos acogidos a su amparo.

Preludiando las devociones de San Bernardo, dicese por tradición que la Virgen se mostró a San Alberico, segundo Abad del nuevo Monasterio de Cister y sucesor de San Roberto, para entregarle la cogulla blanca (11)

(6) Gerardo de Frachet: «Vidas de los frailes Predicadores». B. A. C., vol. 22, páginas 556-7.

(7) Pío XII: «Carta Encíclica *Doctor Mellifluus*».

(8) San Bernardo: «Sermón en el domingo dentro de la octava de la Asunción de la Virgen María». 2.

(9) San Antonio: «Summ», p. III, tit. 15, c. 15.

(10) Ric. de San Lorenzo: «De laud. B. M. Virginis», l. IX.

(11) P. Rafael Durán, S. O. Cist.: «Iconografía española de San Bernardo». Poblet, 1953, pág. 28.

que ya aparece poéticamente mencionada en el sueño profético de Alicia, la castellana de Fontaines, esposa de Tescelino y futura madre de Bernardo, la cual «imaginó llevar en sus entrañas un cachorro blanco manchado de rojo en el lomo...» (12). Como San Vicente Ferrer, recorre los senderos de Europa sembrando su palabra, poniendo paz entre los hombres, derramando portentos.



FIG. 1.—«San Vicente Ferrer en su celda, orando ante la Virgen con el Divino Niño». Tabla de Colantonio. Iglesia de San Pedro Mártir. Nápoles.

Cuando Bernardo predicaba la segunda Cruzada, al pasar por Bélgica en ruta hacia Alemania, dice la leyenda que, al detenerse el 18 de octubre de 1146 en la abadía benedictina de Afflighem, se dirigió a la iglesia, donde saludó a una imagen de la Virgen con el «Ave María» del Arcángel, respondiéndole ésta: «Salve, Bernarde» (13). Hállase ante la Señora, la que a todos ofrece la leche de sus pechos, tal como él la canta en el sermón de la

(12) Guillermo de Saint-Thierry: «Vita Prima», cap. I, núm. 2. P. L. 185, col. 227-8.

(13) P. Rafael Durán, ob. cit., pág. 38.

Dominica infraoctava de la Asunción; es la que da de beber de su «copiosa vasija». He aquí la leyenda contada por el P. Ribadeneira: «Otra vez, estando enfermo y muy apretado, ordenó a uno de los monjes que habían quedado con él (porque los demás estaban ocupados) que fuese a la iglesia a hacer oración por él. Hízolo el religioso en tres altares distintos que allí estaban de la gloriosa Virgen María, nuestra Señora, y de San Lorenzo Mártir, y de San Benito Abad, y luego entró en la celda de San Bernardo la Reina de los ángeles, acompañada de los dos otros santos, y con una suavidad y una serenidad imposibles de imaginar, con su blanda mano le tocó donde le dolía y totalmente le sanó. Porque, entre los dones que tuvo este santo Abad, fue uno de ser devotísimo de la Sacratísima Virgen, y ella singularmente le regaló y favoreció. Y se dice que alguna vez le roció los labios con un chorro de leche saliendo de sus sagrados pechos, y que de allí le vino la dulzura y suavidad de estilo que está derramada por todas sus obras» (14).

Es difícil determinar cómo, dónde y cuándo pudo nacer este hermoso episodio de la *lactatio*. Migne, en el tomo 185 de la *Patrologia latina*, recopila las cuatro *Vidas* que constituyen las primeras fuentes sobre la vida de San Bernardo. Los autores de la *Vita Prima* (Guillermo de Saint-Thierry, Ernaldo de Bonneval y Gaufrido d'Auxerre), que es la más completa y objetiva de todas, no mencionan este prodigio ni en los cinco libros de que está compuesta, ni en el sexto agregado posteriormente, el *Liber miraculorum in Germanico itinere patrorum*. Tampoco habla de ello la *Vita secunda* compuesta por Alano d'Auxerre entre los años 1167-1170. Igualmente, la *Vita Tertia*, que no es sino una versión primitiva de la *Vita prima* en sus libros 3-5 (los de Gaufrido d'Auxerre); del mismo modo, la *Vita quarta* no alude al portento que nos ocupa en ninguno de sus dos libros, publicados entre 1180-1182 y escritos por Juan el Ermitaño. Corroborando este recorrido, citemos al P. Rafael Durán: «También pesa el mutismo del *Liber Miraculorum*; y el que no conste tampoco en el *Exordium Magnum* que debemos a Conrado de Eberbach (1206-1221), ni en el *Chronicon-Claravallense*, que ya entran en el campo de la leyenda, revela la inconsistencia histórica del *prodigio*» (15). Posiblemente, las primeras obras donde se recoge la leyenda como hecho histórico, sean la *Crónica de Espira*, de Guillermo Eysengerino (posterior a 1561); el *authenticum* enviado en 1599 por Edmundo de la Croix (Abad General de la Orden) a Fray Fermín Ignacio de Ibero (Abad de Fitero), dando como cierto que el suceso ocurrió en Châtillon-sur-Seine; y, además, la *Historia de la esclarecida Vida y Milagros del Bienaventurado Padre y Melifluo Doctor San Bernardo*, del Padre Cristóbal González de Perales, publicada en Valladolid el año 1601. En 1700, el Padre Agustín Sartorio atribuyó a la leyenda más de cinco

(14) «Vida de San Bernardo», por el Rvdo. P. Pedro de Ribadeneira, S. J. Madrid, 1953, págs. 34-5.

(15) P. Rafael Durán, ob. cit., pág. 41.

siglos de existencia en su *Cisteris-bis-tertio*, afirmación al parecer arbitraria (16).

Es evidente que el origen de tales versiones hay que buscarlo en las propias palabras del Santo, en sus encendidos panegíricos y súplicas a la Virgen. De la metáfora se pasó a la creencia, y de la creencia quiso hacer historia el fervor popular. Sin embargo, citemos la precisión hecha por Trens: «Ahora bien: en cierta ocasión fue trasladada la imagen de la Virgen delante de la cual San Bernardo tuvo la visión y saboreó su leche, y he aquí que se notó que la imagen estaba empapada de un líquido blanco, al que se dio el nombre de leche. En memoria de aquella visión, el líquido fue guardado y piadosamente distribuido» (17).



FIG. 2.—Discipulo del Maestro de Olleria. «San Bernardo recibiendo el premio lácteo». Del retablo Sivera, en el Museo Provincial de Bellas Artes de Valencia.

Así, pues, de cuanto antecede podemos deducir que las representaciones plásticas de la *lactatio* se adelantan a las descripciones literarias, sobre todo en España, donde el *Maestro de Palma* pintó —posiblemente en la última década del siglo XIII— la leyenda en el retablo de los Templar-

(16) Id., íd.

(17) Manuel Trens: «María». Iconografía de la Virgen en el arte español. Madrid, 1946, pág. 460.

rios del Museo Luliano de Palma de Mallorca; a mediados del siglo xiv, aparece en los relieves del retablo de San Bernardo y San Bernabé, en la iglesia de Santa María de Monblanch... La precocidad del tema en nuestras tierras, queda corroborada al constatar que no aparece en otros países hasta el siglo xv. Es muy curioso y altamente significativo el hecho de que la obra más antigua dedicada al premio lácteo en la exposición antológica sobre *Saint Bernard et l'art des Cisterciens*, fuera valenciana y asignable al círculo de discípulos del *Maestro de Perea* (18).

Sería muy interesante poder recorrer todo el itinerario de apariciones marianas en la pintura valenciana, desde las tablas con pasajes de la leyenda de San Lucas, hasta el retablo Sivera, naciendo de las devociones cistercienses indudablemente irradiadas desde Poblet. Sobre este particular, remitimos a nuestros lectores al reciente libro de don Leandro de Saralegui (19) sobre el Museo de Valencia.

Las más frecuentes representaciones de la *lactatio* están artísticamente ligadas, por imperativo temático, a las de la Virgen de la Leche, coincidentes al colocar entronizada a la Virgen con el Niño en brazos (20). Pero a esta modalidad conviene agregar, por lo que al premio lácteo se refiere, el tipo —más frecuente— en que la Virgen irradiante aparece de pie y de cuerpo entero. Ambas se relacionan con ciertas pinturas eucarísticas que pudieran pensarse basadas en estas palabras relativas al Santo Abad de Claraval: «En otra ocasión, echó (Jesús) al cuello de Bernardo sus divinos brazos y estrechando su rostro hacia el abierto costado, le decía: *Bebe, Bernardo, bebe de esta Fuente de la Vida, consuelo y regalo de las almas. ¡Cuántas veces salió este sensible licor de tan sagrado como muerto manantial!*» (21).

Del mismo modo que la *lactatio* de San Bernardo se deriva iconográficamente de la Virgen de la Leche, la tabla de Colantonio, que ha motivado estas divagaciones, está relacionada con las representaciones levantinas del premio lácteo, flotando en su composición como un eco de la pintura eucarística hispano-flamenca, pero sin desmentir otros antecedentes a los que, indudablemente, no fue ajena la predicación de San Vicente Ferrer. Así, pues, nos hallamos ya ante el nudo de significaciones, tan fuertemente ligado a la tabla napolitana, en el que van prendidos los más bellos recuerdos del Abad de Claraval, para llegar hasta el Santo valenciano a través de Santo Domingo de Guzmán y la Orden de predicadores.

Evocando el renombrado episodio de la curación de Fray Reginaldo, tendremos un vivo ejemplo en las coincidentes versiones de Pedro Ferrando, Constantino de Orvieto y Voragine. Estando en Roma Santo Domingo,

(18) Pierre Quarré: «Saint Bernard et l'art des cisterciens», *Catálogo de la Exposición*. Dijon, 1953. Cit. Durán, ob. cit., pág. 48.

(19) Leandro de Saralegui: «El Museo Provincial de Bellas Artes de San Carlos. Tablas de las salas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> de Primitivos Valencianos». Valencia, 1954, págs. 24-5 y 162-6.

(20) Sobre ésto, véase Leandro de Saralegui: «La Virgen de la Leche», *Archivo de Arte Valenciano*, 1928.

(21) Fr. Eugenio del Corral: «Vida y Milagros». Madrid, 1782, pág. 231.



FIG. 3.—Discipulo del Maestro de Olleria. «Virgen de la Leche». Tabla central del retablo Sivera, en el Museo Provincial de Bellas Artes de Valencia

un hombre muy docto llamado Reginaldo deseaba dedicarse por entero a la predicación, pero dudaba ante el camino a elegir. Un cardenal, que conocia tales pretensiones, llamó a Santo Domingo y le puso al corriente de las mismas. Pero he aquí que Reginaldo cayó gravemente enfermo; «mas el varón de Dios, Domingo, no pudiendo sobrellevar aquella inesperada desgracia de su ansiado hijo, se entregó totalmente a la oración interpe-  
lando a la divina clemencia y a Maria Santisima, reina de Misericordia, bajo cuyo especial patrocinio había puesto la Orden entera, que no le pri-



vasen del consuelo de aquel hijo ya antes de nacer» (22), «y le pidió que, al menos por algún tiempo, le dejara a Reginaldo. Mientras tanto, el enfermo, que aguardaba ya la muerte, vio llegar hasta él a la Reina de Misericordia, acompañada por dos bellas doncellas, que le dijo: *Pídeme lo que quieras y te lo concederé*. Y mientras él soñaba lo que podía pedir, una de las hermosas doncellas le aconsejó que no pidiera nada y se pusiera en manos de la Reina de Misericordia, lo cual hizo. Entonces, la Virgen le ungió con un unguento que había llevado... Entonces Ella le mostró un hábito y le dijo: *He aquí el hábito de tu Orden*» (23). Santo Domingo, que había tenido idéntica visión, acudió gozoso a su lado, pues el hábito era el de los Predicadores. «Y al tercer día, hallándose sentado el bienaventurado Domingo con el maestro Reginaldo, acompañados por un religioso de la Orden de Hospitalarios, vio éste claramente acercarse a la Santísima Virgen y ungir con su mano todo el cuerpo del maestro Reginaldo. Y aquella celeste untura de tal manera fortaleció la carne del santo varón maestro Reginaldo, que no sólo extinguió la fiebre, sino que templó también el ardor de la concupiscencia...» (24). Y es que, como dice Constantino de Orvieto, «había sido ungió..., por la Madre de aquel que sabe confeccionar unciones de salvación» (25).

La Virgen muestra aquí, como en otros casos que citaremos a continuación, el especial afecto con que distinguía a la Orden de Predicadores, correspondiendo al fervor de ésta para difundir y propagar las devociones marianas.

Veamos cómo narra la Beata Cecilia Romana una aparición de Nuestra Señora a Santo Domingo:

«Cierta ocasión en que el bienaventurado Domingo pernoctaba hasta media noche rezando en la iglesia, salió de allí y entró en el dormitorio, y después de hechas las cosas que venía a cumplir, se puso en oración a la cabeza del dormitorio, y estando así, al mirar hacia una parte del dormitorio, vio a tres bellísimas señoras que se acercaban, una de las cuales, que iba en medio, parecía una matrona venerable, más hermosa y más digna que las otras. Una de las otras dos llevaba un acetre espiéndido y muy lujoso, y la otra, un hisopo, que se lo ofrecía a la señora aquella que presidía. Y aquella señora rociaba a los frailes y trazaba sobre ellos la señal de la cruz...»

(22) Constantino de Orvieto: «Leyenda de Santo Domingo». B. A. C., vol. 22, página 412. (En «Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum historica», Lovanii-Parisiis, 1806.) Escrita sobre 1246-1267, se sirve de la *Leyenda*, de Pedro Ferrando, y del *Libellus*, del Beato Jordán.

(23) Le bienhereux Jacques de Voragine: «La Légende Dorée». Traduite du latin d'après les plus anciennes manuscrits, par Teodor de Wyzewa. París, 1925, págs. 501 y ss.

(24) Pedro Ferrando: «Leyenda de Santo Domingo». B. A. C., vol. 22, pág. 357. Designada por los cronistas del siglo xiiii con los nombres de «Legenda prior» y «Prima legenda». Constantino de Orvieto, en «Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum historica», XIV, 1935, pág. 286, le llama «Legenda prior». Teodorico de Apoldia, en «Acta Sanctorum», Venetiis, 1734, agosto, I, día 4, pág. 563, le llama «Prima legenda». Ninguno de los dos menciona su autor.

(25) Constantino de Orvieto. Ob. cit.

Y más adelante:

«El bienaventurado Domingo volvió al lugar donde estaba antes para continuar la oración, cuando he aquí que súbitamente fue arrebatado en éxtasis ante Dios, y vio al Señor y, sentada a su diestra, a la Santísima Virgen, pareciéndole al bienaventurado Domingo que Nuestra Señora vestía una capa de color de zafiro. Mas como el bienaventurado Domingo tendiese la vista alrededor, viendo ante Dios religiosos de todas las Órdenes y ninguno de la suya, comenzó a llorar muy amargamente y, situado a lo lejos, temía acercarse al Señor y a su Madre.

»Entonces Nuestra Señora le hizo señas para que se acercase a ella. Pero él no se atrevió hasta que el Señor le llamó también. Acercóse entonces el bienaventurado Domingo y se postra ante ellos con desconsolados sollozos. El Señor le ordena que se levante, y después le interroga:

»—¿Por qué lloras con tanta pesadumbre?

»—Lloro —contesta aquél— porque contemplo aquí miembros de todas las Órdenes y no veo ninguno de la mía.

»El Señor le respondió:

»—¿Quiéres ver a tu Orden?

»Y él contesta, estremecido:

»—Sí, Señor.

»Y poniendo el Señor la mano sobre el hombro de la Santísima Virgen, dice al bienaventurado Domingo:

»—Tu Orden la he encomendado a mi Madre.

»Y nuevamente le interroga:

»—De veras, ¿quieres verla?

»Y aquél responde:

»—Sí, Señor.

»Entonces la Santísima Virgen abre el manto con que está vestida y lo extiende a la vista del bienaventurado Domingo, que le pareció ser de tales dimensiones que cubría todo el cielo, y bajo él ve una muchedumbre innumerable de frailes. Prostérnase entonces el bienaventurado Domingo dando gracias a Dios y a su Madre Santísima, la Virgen María, y desapareció la visión. Y volviendo en sí al momento, apresuradamente tocó maitines...» (26).

También Gerardo de Frachet, que vivió entre 1205 y 1265, publicó unas *Vidas de las Frailes Predicadores*, sobre 1260, de las que vamos a entre-sacar algunos ejemplos que reafirman el contenido espiritual de la ruta iconográfica que intentamos trazar:

«El superior de los frailes del Convento de París, para exhortar a los frailes a que dijese más devotamente el Oficio de la bienaventurada Virgen, les contó en Capítulo lo siguiente:

»—Cierta religioso —dijo—, fraile de la Orden cartujana, anciano y

(26) Beata Cecilia Romana: «Milagros de Santo Domingo en Roma». B. A. C., vol. 22, páginas 472-3-4. Obra escrita poco antes de 1290, año en que murió Sor Cecilia; es la última que escribiera alguno de los que conocieron a Santo Domingo.

letrado y muy caro a la Virgen bienaventurada, le rogaba con frecuencia y fervorosamente que le enseñase cómo le serviría más de su agrado. Y como un día rezase ésto en la iglesia, le pareció que la Virgen María estaba sentada delante del altar, y él, acercándose con reverencia y temblor, le suplicaba con lágrimas en los ojos que le enseñase a cumplir su beneplácito. Y ella, mirándole con dulce sonrisa, le dijo:

»—Lo que se hace con la persona amada, házmelo a mí, si me quieres servir en todo.

»Y él respondió:

»—¿Qué es lo que se hace, Señora?

»Contestó la Virgen:

»—Se la ama, se la alaba, se la honra.

»Entonces él cayó en tierra y dijo:

»—Señora, enséñame a alabarte, amarte y honrarte.

»Y estando así anegado en lágrimas, le contestó la Virgen:

»—Acude a los frailes y ellos te enseñarán.

»Y como él repusiera:

»—Señora, hay frailes de muchas órdenes; ¿a quiénes de ellos me envías?

»—Ve —dijo— a los frailes Predicadores, pues ellos son mis frailes, y ellos te enseñarán» (27).

Otro ejemplo:

«Fray Raón Romano, varón de egregia santidad en abstinencias, vigiliias y oraciones, gran celador de las almas y muy conocido en Roma, contó frecuentemente a los frailes que cierto fraile, mientras velaba en su celda, vió muchas veces a la bienaventurada Virgen, acompañada de algunos santos, pasar por el dormitorio haciendo la señal de la cruz sobre los frailes después que éstos se habían acostado.» Caso que se repitió con Fray Martín de Padua, según contaba Fray Gerardo de Florencia (28). También se apareció la Virgen a un monje cisterciense de San Galgano, mientras comía en el refectorio del convento de los frailes Predicadores en Pisa; el mismo monje la vió sostener el libro de cierto fraile que predicaba; a otro, le dictó el sermón, «por donde vino a amar tanto a la Orden, que decía tener deseos de que todos los buenos clérigos cistercienses y de las otras órdenes pertenecieran a la Orden de Predicadores, para trabajar por la salvación de las almas» (29). En Orvieto, Toscana, se apareció para «lavar a los frailes de toda esta infamia», aludiendo a los escritos de un apóstata «presa del demonio» (30). El siguiente caso es particularmente significativo:

«Cierta fraile, estando en oración ante su lecho, vió a la bienaventurada Virgen que, en compañía de unas doncellas, iba por el dormitorio

(27) Gerardo de Frachet: «Vidas de los frailes predicadores». B. A. C., vol. 22, páginas 542-3.

(28) Id., id., págs. 543-4.

(29) Id., id., págs. 548-9.

(30) Id., id., pág. 551.

rociando con agua bendita a los frailes y a sus celdas, y pasó delante de una sin bendecirla. El que esto veía salió corriendo de su celda y se prostró a los pies de la Señora, diciendo:

»—Te ruego, Señora, que me digas quién eres y por qué no has rociado a este fraile.

»—Yo soy —contestó— la Madre de Dios y vengo a visitar a estos frailes. Y a éste no lo he bendecido porque no está dispuesto. Dile, pues, que se prepare. Porque amo con singular predilección a tu Orden, y entre todas las cosas que hacéis en mi honor, me agrada mucho que comencéis siempre a obrar y hablar con mi alabanza y con ella terminéis vuestras tareas. Por ello he conseguido de mi Hijo que ninguno pueda permanecer largo tiempo en vuestra Orden en pecado mortal, sin que se arrepienta al momento o se le arroje para que no mancille mi Orden» (31).

Este espíritu —componiendo todo un clima de ideas y devociones— llega intacto hasta San Vicente Ferrer. En él se repiten los prodigios que preludiaran los advenimientos de San Bernardo y Santo Domingo. El sueño de su padre, la devolución de la vista a una ciega que acercó el rostro al regazo de su madre embarazada, forman un cuadro de prodigiosas anticipaciones. Luego, veremos a nuestro Santo recorriendo tierras distantes; orando ante Nuestra Señora de la Peña, en Graus; predicando con el recuerdo de la revelación del Santísimo Rosario a Santo Domingo; recitando en Villafranca una oración en loor de Nuestra Señora; de su paso por Dinan (en cuya ciudad existe un convento dominico muy ligado a la difusión del Rosario), quedan unos versos: «Durant deux heures bien entières, — Il ne decessoit point en prieres — A Dieu et á Benoiste Marie — Dans toulz lieuz comme dans cetuy»; Chatelaudren fue puesta por él bajo la especial protección de la Virgen; en Quintín aparece representado como peregrino a Nuestra Señora del Buen Parto, o el ceñidor de la Santa Virgen... Pero cuantos datos pudiéramos recoger de sus biógrafos, quedarían eclipsados por el resplandor mariano irradiante en las propias palabras del Santo. Veamos con qué delicadeza y altura poética habla de la Madre de Dios: «Aprés, de la luna; que a vegades és nova, après crexent, après plena, après minvant, après girant: vet ací que es entesa la Verge Maria, que axí com la luna *primo* es nova, axí la Verge Maria en la sua natiuitat: après fo crexent, quan estech en lo temple deu anys, e crexia en santedat de vida e de fama, que tots la tenien per una santa creatura; après fo plena en la incarnació, quant ella fo esposada ab Joseph; après algun temps, ella concebé lo fill de Déu, e fo plena de totes les gràcies; après minvant, açó fo en la opinió de les gens, quant offerí son fill al temple. Ara veus com lo temple de Jerusalem era axí partit, que en la una part estaven totes les dones riques, e en l'altra les infants vérgens. E vejau la humilitat de la verge Maria. Deya ella en son cor: *Si yo me met ab les dones de linatje e riques, escarnir m'an e diran: He, beneyt sie Déu! Vejau on se met aquesta pobra, e a empentes me'n gitaran*; e ella ere de linatje

(31) Id., id., pág. 607.

real, filla del rey David, car de aquell linatge ere devallada. Aprés deya: *Si m met ab les vergens, diran: Ooy, beneyt sie Déu! ¿E què . y voleu vós aci ab nosaltres, vós que teniu fill?, gitar me'n han; e jamay fón tan pura verge com ella. E donchs, metre'm ab les altres dones pobres. Guarda quanta humilitat! E de açó havem una bella prophesia: Sicut lilium inter spinas [sic amica mea]. Aprés fo girant; açó fo en la passió, quan Jesu-christ stave crucificat, e ella vehya la dolor que passave, e tota se regirave, que la sua vida tota estave en hun punt; mas, miraculosament, Déu la sostenie, que meravella fo quan no esclatá de dolor. Aprés açó en la sua mort d'ella. Aprés açó, fo plena ara en la gloria» (32). En otras ocasiones narró milagrosas intervenciones de la Virgen, como, por ejemplo, la salvación de un maestro en teología y gran «sophista» (33), o en un milagro acaecido en Mallorca, cuyo comentario termina significativamente con una cita de San Bernardo: «Axi, de tota cosa que será demandada, Deu no.ls hoirà, mas del que será profitós de la anima. Sent Bernard: *Confidenter pete, quia aut accipies quod petitis, aut melius habebis*; per çó diu *de omni re filiet illis quod comodiusus erit anima*» (34).*

Así como encontramos en las oraciones del Santo Abad de Claraval el origen de las posteriores leyendas y representaciones iconográficas, descubrimos en el verbo del Santo valenciano los cabos de esos hilos espirituales que nos han llevado a relacionar y tejer esta trilogía mariana. Es el mismo San Vicente Ferrer quien nos desvela con diáfana claridad el más hondo significado y las relaciones de contenido explícita e implícitamente insertas en la tabla de Colantonio. Escuchémosle: «Jamés no fo nengú qui y hagues devoció, que vingua a mala fi; e axí, digam tots, agenollats, devotament: *Mostra te esse matrem...*» (35). «Y así, digamos todos, arrodillados, devotamente: *Mostra te esse matrem...*» Está suplicando a la Virgen que se le muestre, que se aparezca ante él. Devotamente, humildemente arrodillado, pide su presencia. Y no le llama «Señora», ni «Virgen», sino «Madre». Solicita su maternidad misericordiosa, su abundancia, su tibia dulzura. Recordemos, a título de ejemplo, que esas palabras aparecen inscritas en una *lactatio* flamenca del siglo xv, en el Museo Diocesano de Lieja (36). Desde su celda, San Vicente busca en la tabla del templo napolitano de San Pedro Mártir, el camino que le llevaba a pedir el supremo don a la maternidad de María, el más alto que concebía para superar el solo lucir o el mero saber, pues lo perfecto era arder y lucir, como un sol o una estrella, como la «*Maris Stella*» del himno «*Avé Maris Stella*» atribuido a San Bernardo, donde se hace la misma súplica: «muéstrate, Madre nuestra», *Mater Misericordiae, Mater Humilitate, Mater Omnium...*

Vicente Aguilera Cerni

(32) San Vicente Ferrer: «Sermons». Barcelona, 1932, vol. I, págs. 129-130. (Sabbato [Vigilia Pentecostes].)

(33) Id., id. Vol. II, págs. 227-8.

(34) «Quaresma de Sant Vicent Ferrer», predicada a Valencia en l'any 1413. Barcelona, 1927, pág. 127. (Tercer dimarts de Quaresma.)

(35) Id., id. (Sermó de l'Encarnació.)

(36) P. Rafael Durán, ob. cit., pág. 48.